

La noche en que fue entregado

Dr. Justo L. González



Sermón traducido al español
Columbia Presbyterian Church
Decatur, Georgia
6 de septiembre de 2009

La noche en que fue entregado

1 Corintios 11: 23-26

Pablo nos dice que «el Señor, en la noche en que fue entregado....»

Debió haber sido noche de celebración: Jesús les dijo: «, id prepararlos la Pascua para que la comamos».

Pero fue una noche de traición: «la mano del que me entrega está conmigo en la mesa».

Noche de incertidumbre: «¿Soy yo, Señor?».

Noche de apostasía: «Todos os escandalizaréis de mí esta noche, pues escrito está: “Heriré al pastor y las ovejas serán dispersas”».

Noche de falsas certidumbres: «Aunque todos se escandalicen, yo no».

Noche de tristes verdades: «De cierto te digo que tú hoy, en esta noche, antes que el gallo haya cantado dos veces, me negarás tres veces».

Noche de arrepentimiento: «Y pensando en esto, Pedro lloraba».

Noche de amargo remordimiento: «Judas fue y se ahorcó».

Noche de soledad: «¿Así que no habéis podido velar conmigo una hora?».

Noche de profundo tormento: «Lleno de angustia oraba más intensamente, y era su sudor como grandes gotas de sangre que caían hasta la tierra».

Noche de monstruosa ironía: «Judas, ¿con un beso me entregas?».

Noche de crueles burlas: «Los hombres que vigilaban a Jesús se burlaban de él y le golpeaban».

«El Señor, en la noche en que fue entregado....»

Quien fue entregado no era sencillamente un hombre sin culpa que sufría injusticia.

Quien fue entregado no era uno más entre tantos profetas que a través de las edades la gente religiosa ha apedreado y asesinado.

Quien fue entregado en esa noche era el Señor, el Kyrios, título que la Biblia le da al Señor y Creador de los cielos y de la tierra.

El Cuarto Evangelio dice que «En el principio era el Verbo, y el Verbo estaba con Dios y el Verbo

era Dios. Este estaba en el principio con Dios. Todas las cosas por medio de él fueron hechas, y sin él nada de lo que ha sido hecho fue hecho».

Quien se sienta a la mesa con sus discípulos en aquella noche oscura es el Verbo de Dios; el mismo Verbo que en otra noche oscura dijo, “Sea la luz”, ¡y fue la luz! El mismo Verbo que salpicó la noche oscura de estrellas y planetas, de galaxias y cometas. El Verbo ante cuya voz la tierra tiembla y los cielos huyen.

Pero ahora es de noche. Es de noche, porque el Verbo de Dios vino a lo suyo, y los suyos no le recibieron.

«El Señor, en la noche en que fue entregado....»

El Verbo que habló al principio está a punto de hablar.

¿Qué dirá?

¿Será celeste fuego consumidor que destruya al osado traidor que se atreve a sentarse a la mesa con él?

¿Será fuego y azufre sobre Jerusalén, la ingrata ciudad que él quisiera cobijar como una gallina cuida a sus polluelos, pero que ahora está a punto de darle muerte?

¿Será muerte y pestilencia sobre el Imperio Romano, que le colgará de una cruz?

¿Será quebrantamiento de huesos para esos volubles discípulos, que hoy le siguen y mañana huirán?

«El Señor, en la noche en que fue entregado, tomó pan, lo bendijo, lo partió y dio a sus discípulos, diciendo; “Tomad, comed; esto es mi cuerpo, que por vosotros es dado”».

A los volubles discípulos que pronto le abandonarán: «Tomad, comed; esto es mi cuerpo, que por vosotros es dado».

Al desvergonzado traidor que se atreve a comer de su plato: «Tomad, comed; esto es mi cuerpo, que por vosotros es dado».

A quienes vienen a prenderle con palos y espadas: «Tomad, comed; esto es mi cuerpo, que por vosotros es dado».

A Caifás y sus sacerdotes, a los escribas y ancianos que traman su muerte: «Tomad, comed; esto es mi cuerpo, que por vosotros es dado».

A quienes se burlan de él escupiéndole e invitándole a profetizar: «Tomad, comed; esto es mi cuerpo, que por vosotros es dado».

Al taimado Poncio Pilato, que quiere borrar la vergüenza de sus acciones lavándose las manos:
«Tomad, comed; esto es mi cuerpo, que por vosotros es dado».

Al mundo entero, a este mundo hecho por él pero que no le recibió: «Tomad, comed; esto es mi cuerpo, que por vosotros es dado».

«El Señor Jesús, en la noche en que fue entregado, tomó pan.» No tomó el oro y las prendas de quienes tienen que probar cuán importantes son.

No tomó la espada y el arco de quienes tienen que probar cuán poderosos son.

¡No! ¡Tomó pan! Pan, ¡el más común de los alimentos!

«El Señor, en la noche en que fue entregado, tomó pan, lo bendijo, lo partió y dio a sus discípulos, diciendo; “Tomad, comed; esto es mi cuerpo, que por vosotros es dado”».

En la noche en que fue entregado, noche de dolor y de angustia, noche de conspiraciones y de burlas, noche de desengaño y traición, el Señor Jesús tomó pan. Y de ese pan hizo su respuesta a los retos de aquella noche oscura.

«El Señor, en la noche en que fue entregado, tomó pan, lo bendijo, lo partió y dio a sus discípulos, diciendo; “Tomad, comed; esto es mi cuerpo, que por vosotros es dado. Haced esto en memoria de mí”».

Y es por esa razón, porque el Señor así les instruyó, que a través de las edades sus discípulos se han reunido para partir el pan. Y ese pan quebrado en memoria de él les ha servido de respuesta a cuanto reto les ha desafiado.

Poco después de aquella noche oscura de la traición, sus discípulos se vieron perseguidos por el más poderoso imperio de su tiempo. Se les llamaba fanáticos. Se les llamaba ignorantes. Se llamaba inmorales. ¡Hasta ateos se les llamaba!

Y en medio de todo aquello, como luz en la noche oscura, los discípulos se reunían. Se reunían en los hogares. Se reunían en cementerios. Se reunían bajo el cielo nocturno. ¡Pero se reunía! Se reunían para partir el pan en memoria de él.

Pasaron los siglos. Pasó el imperio romano. De la marcha de sus legiones no quedaba más que el eco lejano en los anales de la historia. Pero siempre los discípulos se reunían. Se reunían para partir el pan en memoria de él.

Hubo invasiones. Hubo guerra y destrucción. Hubo violencia y pestilencia. Pero, al igual que en la oscuridad de aquella primera noche, los discípulos se reunían. Se reunían para partir el pan en memoria de él.

A través de las edades hubo otras persecuciones. Hubo cisma y error. Hubo duda y complacencia. Hubo tiempos difíciles cuando el costo de la fe era grande.

Y hubo tiempos fáciles, cuando la fe se abarató, cuando se hizo difícil permanecer fieles al

Señor de la cruz y de la puerta estrecha.

Pero a través de todo, en lo alto y en lo bajo, sus discípulos se reunían. Se han seguido reuniendo para partir el pan en memoria de él.

Pablo nos dice que recibió del Señor lo que también nos ha entregado y que por tanto «Todas las veces que comáis este pan y bebáis esta copa, la muerte del Señor anunciáis hasta que él venga».

Hasta que él venga, estamos todavía en la noche oscura.

Es la noche de los terroristas y de la opresión en la tierra hecha santa por los pies del Señor.

Es la noche en que la avaricia lleva a la guerra.

Es la noche en que los niños mueren de hambre, y los ancianos de frío.

Es la noche en que hasta quienes creen se ven asediados por la duda y la desesperanza.

Esa noche en que resulta fácil abandonar al Señor, como los discípulos hicieron en aquella otra noche.

Es la noche. Hasta que él venga. Es la noche.

Es la noche de la tradición, del desengaño, de la tragedia inexplicable.

Y en medio de esa noche, como aquella otra noche, como en tantas otras noches, sus discípulos nos reunimos para partir el pan en memoria suya porque «El Señor, en la noche en que fue entregado, tomó pan, lo bendijo, lo partió y dio a sus discípulos, diciendo; “Tomad, comed; esto

es mi cuerpo, que por vosotros es dado. Haced esto en memoria de mí”».

Pero, ¿basta con romper el pan? Cuando Jesús dijo: «Haced esto en memoria de mí», ¿quería decir solamente que partiéramos el pan en memoria suya?

Lo que Jesús hizo de aquella noche fue mucho más que partir el pan. Lo que hizo fue ofrecer su cuerpo para que fuera partido por otros. Es fácil partir el pan. Pero lo que le dio a ese pan su incomparable poder fue la traición de Judas, la veleidad de Pedro, la angustia del Getsemaní, la injusticia del pretorio, la agonía de la cruz, la victoria de la tumba vacía. Jesús nos da pan, sí; pero ese pan tiene particular significado porque se dio a sí mismo por nosotros.

Es en el contexto de dar el pan y darse a sí mismo que Jesús les dijo a sus discípulos, y ahora nos dice a nosotros, «Haced esto en memoria de mí». «Hacer esto» no es solamente partir el pan. Es también tomar la cruz, darnos por los demás.

«Este es mi cuerpo que por vosotros es dado. Haced esto en memoria de mí.»

En memoria de él, Pedro fue crucificado.

En memoria de él, Pablo fue decapitado.

En memoria de él, los mártires sufrieron.

En memoria de él, los misioneros viajaron.

En memoria de él millones han dado la vida, y al darla la han encontrado.

En memoria de él se han establecido hogares y asilos para huérfanos, para los ancianos, para

quienes no tienen dónde vivir, y para los enfermos.

En memoria de él los hambrientos reciben alimento, los desnudos reciben vestimentas, los cautivos son liberados.

Es a esa memoria activa y costosa, a esa memoria de gozo y victoria, que hoy nos comprometemos al participar de este pan y de esta copa, anunciando la muerte del Señor hasta que él venga...

